

ANO 1

BARCELONA 28 SEPTIEMBRE 1893

Nº 10



# PLUMA y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

15 Cent<sup>s</sup>



ADMINISTRACION BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.





DESDE LA PUERTA DEL SOL

**H**AY que reformar el refrán antiguo: cuando el diablo no tiene que hacer... inventa trenes populares. La última capa social, por su escasez de recursos, no vá al mar nunca, no le conoce; el Consejo de administración de la Compañía de Madrid á Alicante, ha regalado este año á la mencionada capa unos decentísimos embozos, organizando los convoyes al puerto levantino, por doce pesetas ida y vuelta. Toda la aristocracia de pañuelo mascota y gorri-lla de seda se ha apresurado á tomar billete, trasladándose, en cada uno de los *botijin car* de las expediciones, los barrios bajos en

masa, con sus sábanas y sus plaid, vulgo mantones. Los viajes se han realizado con relativa felicidad, bajo la influencia del verbenismo morboso, padecido por los madrileños en el actual verano, y que determinó la organización en algunos coches, de bailes alcohólicos cálcicos á gran presión. Los excursionistas de la referida capa (social) se han divertido, en suma, remojándose en el Mediterráneo con supremo contentamiento del jabón; los médicos de la empresa, constituídos en servicio permanente, no usaron, por fortuna, sus bisturís, y la juerga, á doble pequeña, se ha llevado á cabo en paz y en gracia... de las chulas de primer orden. Solo encuentro un pero, exigido por el modernismo y por la verdad; cuestión de dos letras. Los tales trenes no deben denominarse botijos, sino botas... (suple de vino.)

\* \*

Les ha llegado á las casas de préstamos la época de uno de sus más interesantes misterios cortesianos. Todos estos días es frecuente la misma escena ante el mostrador, testigo de tantas penas ignoradas, de tantas lágrimas silenciosas. El dueño socarrón y calmoso ya espera la visita, y la presente, apenas la recatada figura empuja la mampara de la puerta.

La silueta no varía; es siempre idéntica. Una jovencita vivaracha, de rostro malicioso é inteligente, de pupilas prontas, de ademanes desenvueltos, en la que se adivina, bajo la ropa humilde vestida adrede, á la doncella de confianza de casa grande. Llega, empuja la mampara con resolución, con desparpajo, sin vacilaciones, y, levantando la mantilla, saca un estuche de terciopelo ó de piel, que el prestamista abre calándose las gafas en la punta de la nariz. Dentro hay una diadema, un collar, un aderezo, brillantes, perlas, esmeraldas; es una fortuna, un capital que quizás representa una fecha inolvidable, un recuerdo eterno, que acaso procede del marido cariñoso, del padre amante... El judío se guarda las alhajas, y paga vários miles de pesetas á la muchacha. ¿La lleva á tal extremo la miseria? ¡No; el lujo, la vanidad humana!... El importe de las joyas vá á parar á la taquilla del Teatro Real... Es el abono del palco.

\* \*

La noticia se confirma... Este invierno será puesto en escena, en París, el drama de Calderón «La devoción de la Cruz.» Con tal motivo, anuncia el simpático Arrubialde que, á consecuencia de las críticas que provocó el estreno de «Locura ó Santidad» en casa de Mme. Adán, los literatos franceses se han dedicado á estudiar nuestro teatro nacional... ¡Qué sorpresa la suya!... ¡Cómo!... ¿En l'Espagne tienen teatro nacional? ¿En aquel rincón europeo se escribe? ¡Vaya, vaya!... Zola, el inmenso Zola, en una conferencia que celebró há dos años con el distinguido periodista Sr. Soriano, no sabía una palabra de nuestros novelistas, y creo que ni conocía de nombre á Galdós, ó tenía de él una noción confusa.

De Fíguro á Clarín, poseemos los españoles una galería de escritores contemporáneos de primera fuerza; hemos moldeado á la perfección el idioma; atentos á la tradición, no la perdemos de vista, á la vez que practicamos el modernismo natural con el progreso, poniéndonos á la altura de las mejores literaturas extranjeras; el treatro y el drama, digan lo que gusten los apasionados de lo antiguo, no solo no están decadentes, sino que logran el esplendor de

los siglos de oro. Pues de nada se han enterado nuestros distinguidos vecinos, que todavía creen á Frascuelo yendo á Palacio en carroza. ¿Conque se disponen á estudiar la hispana escena? Mil gracias, monsieurs... y temblemos.

\* \*

Santander. Llegar en la marea alta, es lo mismo que navegar en ferrocarril; el tren avanza sobre un viaducto por bajo del cual cruzan las olas. Adivínase á la primera ojeada un predicamento simpático de la piqueta en la ciudad. Hay muchas casas nuevas, modernas, de mampostería, de cinco ó seis pisos: ejemplo la del Gran Hotel, donde se halla instalado el Club. Abundan las joyerías, los comercios de fantasía, el parisiensismo, si vale la frase. El muelle es amplio, hermoso, y revela en el hacinamiento de sus mercancías, la riqueza de la población. El ó los Sardineros. Las dos playas que comparten con la Concha donostiarra el favoritismo de los madrileños. Hay entre ambas la diferencia que entre un paseo urbano y otro rústico. Será la imágen conceptuosa, pero yo calificaría á la Concha de rubia y espiritual, y al Sardinero de morena y bravía. Un buquecito: al faro, á los astilleros, en honor á la brea. Un cesto: á Solares, compendio y sumario del paisaje montaños. Y, como se dice en las cartas particulares, sin tiempo para más, cierro mi cartera de viaje por este año.

\* \*

Un erudito:

Lolita lee la inscripción del museo Velasco *Nosce te ipsum*, y pregunta á su novio:

—¿Qué quiere decir ese letrero?

—Que no se permite la entrada,—la responde imperturbable «il galantuomo» honesto.

ALFONSO PEREZ NIEVA

MI REGALO

Á LA SRTA. D.<sup>a</sup> D. G., EN SU SANTO

Ya desde que naci, sé que hay dolores por ahí, mil veces mejores que los que me atijen á mi.

Sé que eres dolores tú, de esos que por ahí hay, y que vales un Perú, un Chile y un Uruguay.

¡Ay de mí! ¡Cuán diferentes á esos dolores que cito, son los que sufren las gentes desde el pecado maldito!...

Yo, aunque tú no te conduelas, los sufro sin compasión, y, cuando no son de muelas, suelen ser de contrición.

Quizá en ellos embebido, casi tengo un desencanto; pues había ya perdido de la memoria, tu santo.

Hubiera sido un desliz, que era, dada mi bondad, capaz de hacerme infeliz por toda una eternidad.

Fuera un bochorno, y, aparte, un motivo de quebranto, no poder felicitarte en el día de tu santo.

¡Digo, si estaría bien!... Primero—Dios no lo quiera—me pego un tiro en la sién, ¡ó en otra parte cualquiera!

Felizmente, llegar creo

muy á tiempo todavía; ¡digo, á menos que el correo no se equivoque de vía!

Así pues, Lola, recibe esta felicitación, pobre como el que la escribe, grande como su intención.

Recíbela, porque encierra un mundo de aspiraciones, ¡las más puras de la tierra y demás constelaciones!

Que, aunque modesto, es pe-  
[renne

el mérito de este dón, como áurea joya, que tiene por estuche el corazón.

Mi agasajo, es agasajo que siempre igual hallarás, por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

Ni el tiempo, el uso ó la moda sobre él ejercen influjo, y lo mismo se acomoda á la pobreza que al lujo.

Es la forma con que Dios, armoniza eternamente la doble vida de dos, que se aman fraternalmente.

Valga, pues, como regalo, esta prueba de amistad. ¡El que sea bueno ó malo, depende de tu bondad!

F. ROIG BATALLER

CONFIDENCIAS

¡No, si yo no me quejo!... Fuera un loco si me quejara de que no me quieras, ahora, que ya no tengo agua en los ojos, fuego en los labios, ni en el pecho penas. ¿De que me iba á quejar, si ya sabía, cuando empecé á quererte, alma de hiena, que, para ser ingrata y cruel y falsa, eras tú tan mujer como cualquiera? Si alguna queja tengo es de mí mismo; es de este corazón, cuna de fieras, que va siempre buscando las serpientes para darles la vida que le queda, para que se hagan fuertes con su sangre y después se le enrosquen y le muerdan. ¿Quejarme yo de tí? ¡Si ya sabía

que era un crimen creer en tus promesas, y que yo, solamente por oírlas, era más criminal que tú mintiéndolas! ¿Que has hecho tú, para que yo bajando, hasta donde pisaste tú mis penas, te pudiera escupir en la alma ingrata la hiel amarga de mis tristes quejas? ¿Me engañaste? No, no; fui yo, yo mismo, quien, tirando la cuerda donde había de ahorcarse su ventura, tendió la escala á sus amargas penas, para que hasta el pudieran llegar luego y apoderarse de él y ahorcarle en ella! ¡Yo fui quien se engañó, que fui á creerte, cuando no había ya quien te creyera!...



¿Fuiste ingrata conmigo? ¿Que ha de serlo una mujer que, como tú, tuviera para cualquier galán labios de fuego y miradas de rayos y centellas, y palabras de miel envenenada y abrazos apretados de culebra!... Yo fui quien se engañó; yo fui quien tuvo la culpa toda de tu infamia negra;

en lugar de haber puesto en aquel día, aquel gran día de la tarde aquella, toda la vida mía y toda el alma todas mis alegrías y mis penas, haberle puesto al corazón maldito una mordaza para ahogarlo en ella... y haberte puesto en las traidoras manos en vez del porvenir... ¡unas monedas!

MARCIAL DE LOS RIOS



LAS PROPINAS

CREALO usted, amigo mío: me tiemblan las carnes al salir de casa. De nada sirve que forme V. el presupuesto de lo que va á gastar en el día, porque, al formarlo, como es natural, no cuenta V. con la huéspedada, por más que destine una cifra al capítulo de imprevistos, al cual se aplican las limosnas, los refrescos extraordinarios que impone el calor y, hasta la visita inesperada á los kioscos de... levantados para perpetuar el nombre del celeberrimo ex-alcalde, Sr. Bosch y Fustigueras.

No es posible penetrar en cualquiera de estos templetos, sin acordarse de la autoridad municipal que supo erigirlos. Ninguna lápida, ninguna inscripción recuerda la fecha en que fueron levantados, ni el nombre de la persona que los levantó; pero todo, en aquel bienhechor recinto, dice á quien se debe la mejora; todo allí trasciende á Bosch.

Parodiando al gran poeta, pudiéramos decir desde el interior de los kioscos:

«Yo no se donde está pero lo veo».

Dejando digresiones á un lado, la huéspedada á que me he referido son las propinas.

Propina, ¡nombre aterrador!

Yo no había estado en Madrid hace seis años, y, naturalmente, ignoraba las nuevas costumbres en la corte introducidas.

Al salir de casa, el día que llegué, entré en un salón de limpia-botas á 0'15 el par, según clara y distintamente rezaban los cristales de la puerta.

El dependiente se esmeró en sacar brillo á mis zapatos. Terminada la operación, pagué mis 15 céntimos y me marché á la calle, dando antes un cariñoso adiós, que fué tibiamente contestado.

Volví al siguiente día; el dependiente se esmeró mucho menos en su trabajo, y mi frase de despedida quedó sin contestación. Al tercer día, no solamente salieron mis zapatos, de mano del limpia-botas, tan poco lustrosos como habían llegado, si no que fué contestado mi «adiós» con un impertinente y sarcástico «abur».

—¿Que será esto? dije para mi capote.

Al llegar á casa ví que me habían manchado de betún los calcetines.

Lo sentí porque los gasto de seda.

Consulté el caso con un compañero de habitación, profundo conocedor de las costumbres madrileñas, el cual me preguntó sonriendo:

—¿Da V. propina?

—No señor. ¡Propina al limpia-botas!

Ya está resuelto el problema. Mañana le manchará á V. el pantalón, y, si tiene V. callos, se los mortificará con la madera del cepillo. Dé V. propina.

No esperé al día siguiente. A la hora de recibido el consejo, ya estaba yo en el *Salón*, en demanda de limpieza.

Los dependientes me miraron con cierto desdén; la operación fué hecha á la ligera y con descuido.

Dí una peseta y, al presentarme la vuelta uno de los dependientes dije: «Para ustedes».

Una descarga eléctrica hubiera producido menos efecto que mi generosidad.

¡Que alegría en los semblantes, que amabilidad en las maneras, y que finura en las expresiones.

—Siéntese V. que *me ha salido opaco el tacón izquierdo*,—me decía un dependiente, mientras otro me cepillaba la americana, y un tercero me ofrecía una cerilla para encender el cigarrillo, que había yo sacado de la petaca.

—No, si está bien el tacón,—respondí.

—Como V. guste, pero si V. quiere...

—Ya volveré.

—Cuando á V. le acomode. Hasta mañana...

—Hasta luego,—dijo, lleno de entusiasmo, el dueño del establecimiento.

Desde entonces doy propina, y el becerro de mis zapatos brilla como el charol.

Mas datos. Profeso la opinión de que mientras pueda uno ir en coche no debe ir á pie, sobre todo en verano por el calor, y en invierno por el frío.

Allá en mis tiempos pagábase por una carrera una peseta lisa y llanamente, y dos por la primera hora.

Yo, observador de esta costumbre, daba mi peseta al cochero al llegar al término de mi carrera, y dos si lo hacía esperar para conducirme á otra parte; y como hay parada de coches cerca de mi casa y yo soy consecuente con los que me sirven, tomaba todos los días el mismo coche y pagaba religiosamente mi peseta.

Al tercer día, al ir á subir á la que yo llamaba mi *manuela*, me dijo, mal humorado el cochero: «Tengo viaje».

Busqué otro coche, diciendo: «A la calle del Pez», pero el auriga me atajó expetandome la siguiente frase: «Como no vaya usted á pie... lo que es en mi coche *no va usted á ninguna parte*».

Por lo visto había cundido entre los cocheros la especie de que yo *no daba propina*.

—«A la calle del Pez, número 40», dije á un tercer cochero, que bajó el *alquila* á regañadientes, y echó á andar refunfuñando, sin duda porque lo atisbaba un guardia de orden público.

¡OH, EL ARTE!...



—Brindo por *Bú*, por todos los *Bus* de Francia, y por la mujer de *Bú*. ¡Esto es el arte!



—La perspectiva, el claro-oscuro, el mágico color de los crepúsculos, robado á la paleta de los cielos... ¡Lo demás, ni es arte ni es nada!



—¡Es...cuadrones!... ¡Marcha de frentel... ¡Arrrrrrrr!... ¡Eso es el arte! ¡El arte de la guerra!...

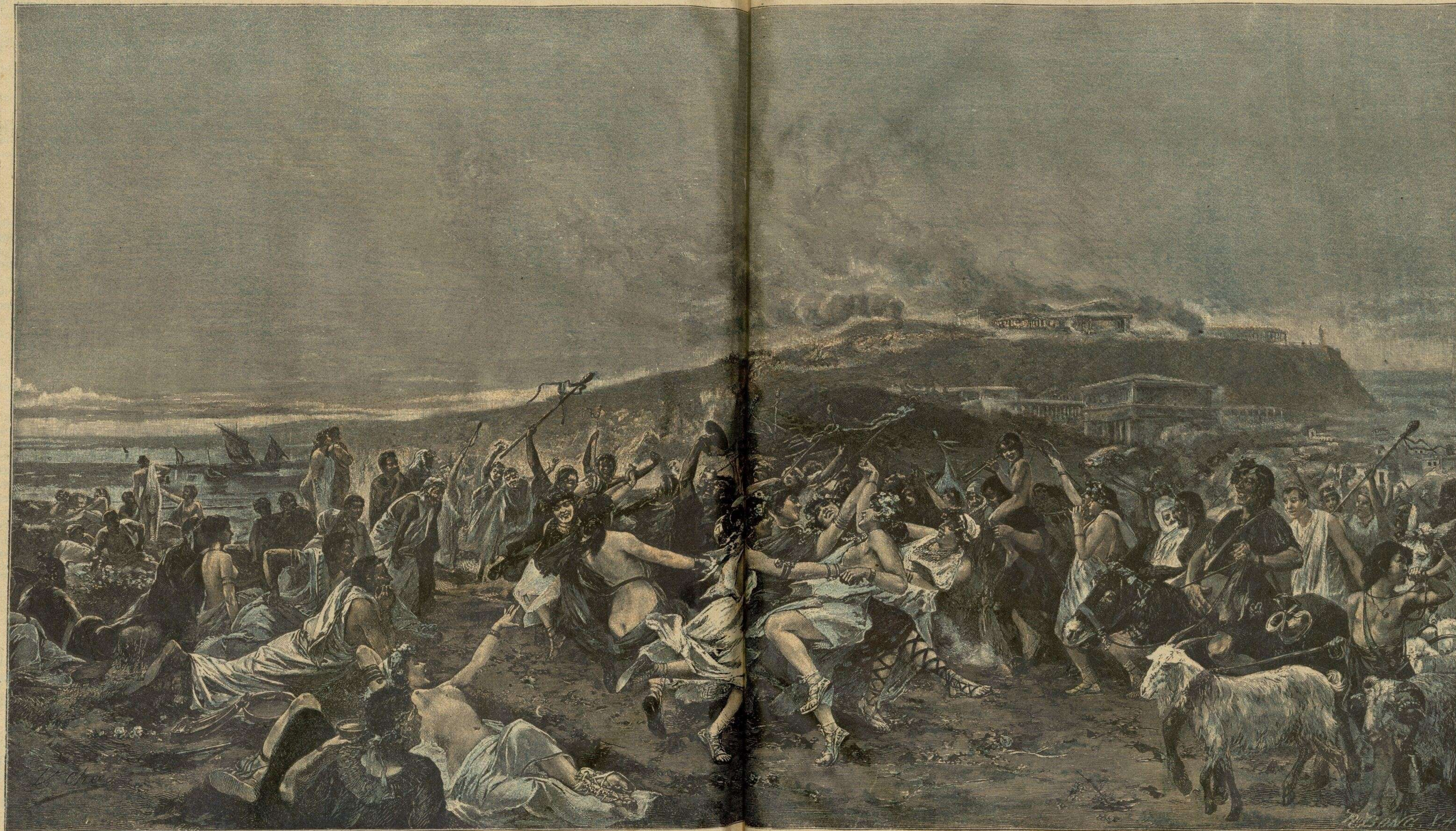


—Por supuesto, que á mi... que no me digan: unos *jipios*, una *posturita asina*, y dos *pataitas*, y ¡olé el arte!





PLUMA LAPIZ



BACANAL



Desde la Puerta del Sol, donde estábamos, me llevó a la calle del Pez, por las de Toledo, Carrera de San Francisco, Redondilla, Bailén, Leganitos, Reyes etc., etc., fustigando bárbaramente al penco, con la sana intención de volcarnos y estrellarme.

—Espéreme V., le dije, al ir a entrar en el número 40 de la calle del Pez.

—No tarde V. mucho, me contestó; porque he de ir al Juzgado. Como ayer se suicidó un caballero en este coche... Aún podía usted ver la sangre en los almohadones.

—Si, ¿eh?

—Este coche tiene desgracia. No hay herido ni tísico que no me toque a mí llevarlo al Hospital.

—¡Hombre!

—De memoria se sabe el caballo las casas de socorro. Y este coche tiene historia. Mas de dos reos ha llevado al patíbulo.

—No me espere V., le dije apresuradamente, y tome tres pesetas; una por la carrera, y para V. las restantes.

Sorprendido el hombre, y lleno de gratitud, me confesó que era falso cuanto había dicho, y que se trataba de una conjuración de cocheros por negarme sus servicios.

Cundió la voz de mi desprendimiento, y, desde entonces, siempre que paso por la parada me saludan cortesmente los aurigas y se disputan el honor de llevarme adonde tenga que ir.

Nuevos detalles.

—¿Por cuanto me lleva V. ese mundo a la estación del Mediodía?

—Ya se sabe, por una peseta,—contestó el mozo de cuerda.

—Cargue V. con él.

Pagué al llegar a la estación, pero el pícaro gallego, me preguntó sonriendo: «Y no hay nada para beber?»

—¿Para beber? Vino, en cualquier taberna le darán todo el que pida.

—Si no digo eso; digo que si me da V. para unas copas.

No tuve más remedio que darle veinte céntimos.

Allá va un colmo.

Una pobre, rodeada de chiquillos andrajosos, me pidió limosna en la Castellana, cerca del Hipódromo.

Le dí una perra grande.

—Dios se lo pague a V.

—Amen.

—¿Y no hay nada para los chicos?

No supe que contestar; me quedé aterrado.

Las propinas han llegado a ser mi preocupación.

Otro colmo.

La otra noche tomaba yo café, como de costumbre, en el de... ¿Para que decir su nombre?

Mi amigo P. saludó a un individuo, que se hallaba con otro tomando cerveza en una mesa contigua a la nuestra.

—¿Quien es? Pregunté con esa curiosidad grosera que, sin darnos cuenta, tenemos casi todos en casos análogos.

—Un oficial de la peluquería donde me sirvo. Muy buen chico y afeitado maravillosamente.

El peluquero hablaba con calor y manoteaba de lo lindo.

Al poco rato, oí que le decía a su amigo: «¿A quien, a ese? A ese el día menos pensado le voy a cortar la cabeza.»

—¿A quien será? dijo mi compañero.

—A algún parroquiano, que no da propina, contesté yo. Mi suposición era lógica.

Y las propinas tienen otros inconvenientes: el de ser contagiosas.

Antes se daba propina únicamente a los camareros de café y de restaurant. Hoy es preciso, para estar regularmente servido, darla a todo el mundo.

Y pedirla, de manera, amigo Sr. Busquets, que cuando yo vaya a cobrar mis artículos a la calle Mayor, no hay que extrañarse si, después de meterme los cuartos en el bolsillo, le digo al amigo Fernández... ¿Y no hay nada para los chicos?

RAFAEL M.<sup>a</sup> LIERN

## ¡QUÉ DESENGAÑO!

Carnero, 15, 2.º, hay una señora algo entrada en años, la cual tiene un defecto físico, un lunar en su pasado y una dote de 20,000 duros. Desea contraer matrimonio con un joven pobre, pero honrado. (Anuncio de El Eco.)

Cuando yo leí este anuncio, me reí... y me puse serio. Me reí, porque la cosa

tiene tres pares y medio de bemoles; sí, señor. ¡Me gusta el procedimiento! ¡Ay! si la cosa cuajase, ¡qué de anuncios, santo cielo, lloverían por la prensa! ¡Vamos, que habría que verlos!... Me reí, por lo que dice del «lunar» y del «defecto», porque, lunares como ése, y defectos de tal género, no los reconoce nunca

una mujer con dinero; y, menos los hace públicos, caso de reconocerlos. Pero los veinte mil duros... ¡esos me pusieron serio! ¡Veinte mil duros a mí, que nunca he tenido un céntimo! Así es que, después de un rato, dije:—Veamos qué es esto.— Y, entre valiente y cobarde, fui a la calle del Carnero.

—¿Puedo pasar? —Adelante. —Ahora he leído en *El Eco* que una señora... —Aquí es: pase usted a este aposento

Descorrerse la cortina y darme un fuerte mareo, fué todo obra de un segundo, ó, a lo más, segundo y tercio. ¡Señores, que atrocidad! Un vejatorio, lo menos de sesenta y nueve otoños, igual número de inviernos, y otras tantas primaveras y estios, mis ojos vieron. Era jibosa, baldada y virgen del ojo izquierdo;

pelona por la cabeza, y peluda por el resto. Aquello era un Anticristo... ¡Quien sabe lo que era aquello! —Caballero, Dios le guarde,—dijo, rompiendo el silencio, y no sé si algo más, pues su voz era como un trueno. —¿Leyó usted *El Eco*?—Si; con gran frecuencia lo leo... (mas, desde hoy, he prometido por nunca jamás leerlo). —¿Y qué opina de mi anuncio? —¡Oh, que está muy bien impreso! —Me refiero al contenido. —(Un timo). Que está muy bueno. —Es una idea ingeniosa. —Como suya. —Gracias. —(¡Cielos! ¡Creo que me vá a dar algo, como se siga riendo!) —¿Y usted...? —(¿Cómo salgo yo del compromiso?) Yo vengo a decirle a usted, señora, que soy célibe... —Comprendo. —Que soy pobre... —Pobre. —Honrado... [rado... —Honrado. —Y que estoy dispuesto a... —Siga usted sin reparo. —A... permanecer soltero.

J. PEÑAFLORES DE GÁLLEGO

## CHULERÍAS

—Mira, que no faltes, Chato; ten diznidaz, ten vergüenza. —Te digo que no te casas, que no está por ti la Pepa. —¡Ay que gracia! ¿Te lo ha dicho a ti en secreto, voceras? —Mira, Cosme, no matufes, porque acaba la merienda con postres de puñalás, y con vinos de maderita. Pepa es honrá. —Pus por eso me dió su palabra ella, de irse conmigo al altar, más pura que una patena, y casarse con el Cosme por lo cevil y la iglesia. Ya sé yo, que tú y el Litri, ayer noche en la taberna, entre callos, caracoles, y vinazo de la tierra, sus permitisteis entrambos cierta libertad de lengua, en asuntos, muy afectos a la honra de mi Pepa. Pero, desprecio esas cosas, porque es tan buena y... etcétera, que es más honrá que... una Venus,

y más guapa que Lucrecia. —¡La órdiga!... creo que el vino te se subió a la cabeza. —¿Que no es honrá? —Ya lo creo. ¡Ay, mi madre! —¿Qué tiés de ella que decir tú? Dílo pronto, pero... piensa la respuesta. —¡Ay, el cólera! ¡qué miedo! ¿me dejas vivir, voceras? Pus ya vé: de que es honrá, mayormente hay una prueba. Tiene un hijo de seis años. —¡Chato!.. ahí sella la lengua. Que tiene el chico es verdaz; nunca lo negó la Pepa. Pero eso fué... no sé cómo. —¿No te ha contado la escena? —Ella tampoco la sabe, y, pá un hombre de vergüenza, verla sufrir, asesina, por no decir que atormenta. Ella, sabe que es su hijo. —Entonces, ¿pá qué más prueba? —Pero... iznora quien fué el padre... ¡bastante desgracia es esa!

ESTANISLAO DE ASENSI

## CURRINCHERÍAS

LOS tipos, como las maneras de vestir «para damas y galanes», no pueden sustraerse a las influencias de la moda; y es digna de notarse la solidaridad que existe—según las épocas—entre poetas, novelistas, críticos, dibujantes, autores más ó menos cómicos, periodistas, músicos y danzantes, en lo de ensañarse con el «tipo de actualidad», como si todos ellos fueran víctimas de inevitable obsesión.

Tiempo hubo en que suegras y patronas fueron el hazme reir de todos; vinieron los cesantes, y quedaron aquéllas relegadas al olvido; surgieron más tarde los sablistas, y apenas hubo escritor que no inventase alguna historia en la que desempeñara el papel de víctima; cesó de perseguirnos el sable, y vimos salir de la nada en que yacía, todo un mundo de vecinos que tocaban el cornetín, la flauta ó el trombón, caseros, ratas, modistillas, cursis, militares, chulos, caciques, maletas, anarquistas, vengadoras, gomosos... et sic de ceteris.

Pasaron al fin—porque en el mundo todo pasa—y comenzaron las «revistas políticas», que enriquecieron a tantas empresas teatrales, y aun asoman la cabeza de cuando en cuando por entre bastidores.



No hace mucho apareció Gedeón, héroe de mil chascarrillos trasnochados, al mismo tiempo que salían á relucir en el teatro las «obras de pueblo», en las que el escenario (como en otras muchas) se llenaba de animales; y hoy los autores de algunas de éstas ó de aquéllas, huyendo de su misma sombra, han inventado un tipo flamante, que ya se ha hecho lugar en libros y periódicos, y apenas se abre uno que no veamos en él estampada la consabida palabreja, de abolengo desconocido, y que sirve para calificar al figurín de la última moda...

Me refiero al *currinche*.

No vengo á defender sus espaldas (sébase que jamás le critican frente á frente); pero sí hago constar que no ví nunca tipo más asendereado, calumniado, exagerado, traído y llevado, y puesto en solfa y en caricatura, que el pobre *currinche*.

Cierto que hay *pollos*, aspirantes á autores, con las cualidades atribuídas á «nuestro héroe»; mas, de eso, á que todos los autores inéditos sean *currinches*, hay un mundo de distancia.

Cuéntase, á costa suya, un millón de episodios tragi-cómicos (eterna comidilla de saloncillos, escenarios y *camerinos*), muy del gusto de la gente del oficio—y en especial de la menuda;—mas, las nueve décimas partes del millón, son puro cuento, y la otra... casi lo mismo.

Conste que no trato de *nombrarme* juez en este, que podría llamarse «Pleito del *currinche*», ni siquiera abogado defensor; voy á ser únicamente testigo de descargo, y usaré iguales armas que la acusación, es decir, que... vá de cuento. (1)

Entre las mil ocupaciones de un director de escena, artístico... ó lo que fuere, figura la de recibir á los autores noveles que, creyéndose dotados de un talento de primer orden, van á presentarle sus obras maestras, originales... é inéditas. El director, como hombre de mundo (y de teatro), les recibe con la mayor amabilidad—se dan casos de *lo otro*—y para librarse del asedio, les promete invariablemente leer sus obras con atención, y en el más breve plazo posible.

Uno de nuestros autores en estado de canuto (vamos, un *currinche*), que había recibido veinte veces promesas análogas, se presentó últimamente á uno de los más conocidos directores de escena, el cual, para despacharle de una vez, ordenó que le pasaran á la *Dirección*, y, devolviéndole su manuscrito, le contestó que «después de leída la obra veía que no era del género *cultivado* en su teatro (allí se cultivaba... el *verde*), y que no podía admitirla de ningún modo, aunque lo sentía en el alma, etc., etc.» Añadió que el argumento era muy *trillado*; que el diálogo carecía de animación y de gracia; que la trama estaba mal conducida, y, en fin, que la inexperiencia del autor se revelaba á cada paso, aunque en algunas escenas se descubría la huella de un talento verdadero y poderoso...

El *currinche* no respondió palabra; mas, rompiendo la cinta que ataba el legajo, hizo ver al conspicuo director de escena, que el manuscrito... ¡¡estaba en blanco!!

(Telón rápido.)

CÁRLOS MIRANDA

(1) La idea está tomada del francés.



¿Creían Vdes. que se habían acabado ya los Diegos y las Isabeles?

Pues... las Isabeles puede ser que se hayan acabado, pero ¡lo que es los Diegos!...

No se trata de un conde que se ha casado con una *ecuyere*, ni de una duquesa que se haya casado con un clown: se trata sencillamente de una princesa que se ha enamorado de un pastor y, después de haberse casado con él ¿que les parece á Vdes. que ha hecho?

Pues quererle un día (cosa fácil en cualquier mujer) y, arrepentirse después de haber descendido á tan baja esfera, y matarlo con sus propias uñas, para entregar luego su amor á... á quien dignamente le correspondía.

¿A quien dignamente le correspondiera?...

—¿A quien?—dirán ustedes.

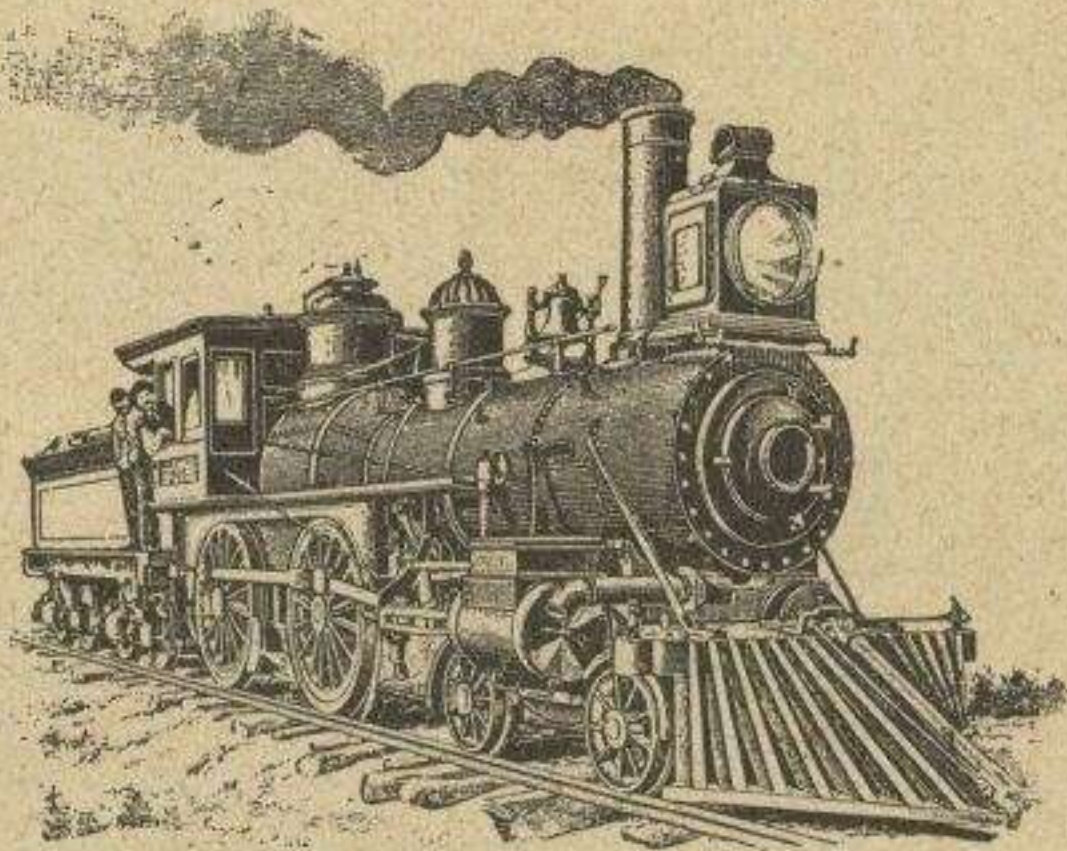
Pues le ha entregado su amor, —y esto era allí, en Conchinchina,— al hijo de una vecina, que era... ¡el zagal del pastor!



Hombre: ¿saben Vdes. que hace mucho tiempo que ni descarrila ningún tren, ni hay ningún hundimiento, ni un mal choque, ni cosa parecida?

Y, ¿saben Vdes. que en vista de todo esto voy yo empezando á dar la razón á *Noherlesom*?

Y no es que se la dé por nada ¿eh? Se la doy por razones justísimas, y poderosísimas, y todos los acabados en *ísimas*, como los choques, que también tienen consecuencias fatal *ísimas*.



Porque, lo cierto es que él aseguraba que nada raro habría en la quincena, y choques y eso sí que los ha habido, pero cosas así... ¡ni una siquiera!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Canuto.—Barcelona.

¡Ay, Canuto, Canuto!  
Por algo, ese tu nombre, es consonante á cualquier hombre bruto.

M. Z.—Lérida.—Si señor; se publicarán en cuanto Sagasta deje el gobierno, y entren los conservadores, y no venga otra vez Sagasta.

L. L. L.—Madrid.—¿Tres *eles*? Pues tres *nos* seguidos.

Fulano.—Huesca.—¡Claro! ¡Amores de Huesca! Muy bonita poesía para leérsela á la interesada; pero, ¿al público imparcial? ¡Un petardo, primero!

Mahoma.—Canfranc.—Usted será tan profeta como quiera, pero poeta, poeta... En fin: que juzgue el público:

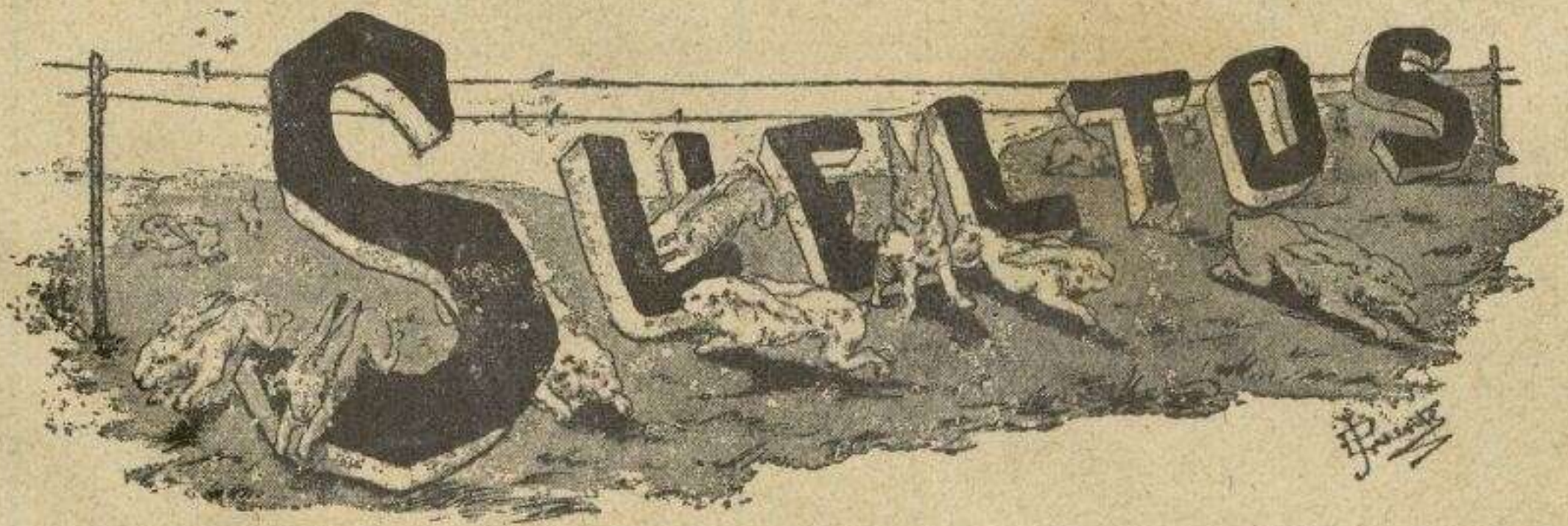
«Uri de los labios nacarinos  
y los petalos ardientes.  
¿Que tienes tú? ¿Que sientes  
en tus desmayos peregrinos?  
¿Es el amor que te encocora?  
¿Son las saetas del alado dios?  
Pues adios, sultana, adios.  
Que por lo visto es tarde en esta hora».

Y, para ver á la *uri* no se si será tarde, pero lo que es para llegar á poeta me parece...—¡y lo juro por *Alá!*—que sí, que lo es.

Pe. Pet.—Barcelona.

¿Don Juan Tenorio? ¡Pardiez!  
¡No lo mateis otra vez!

(Quedan más cartas por contestar.)



Al pie de una Cruz, un día,  
llorando me arrodillé;  
y la Cruz, que era muy bestia,  
fué y me atizó un puntapie.

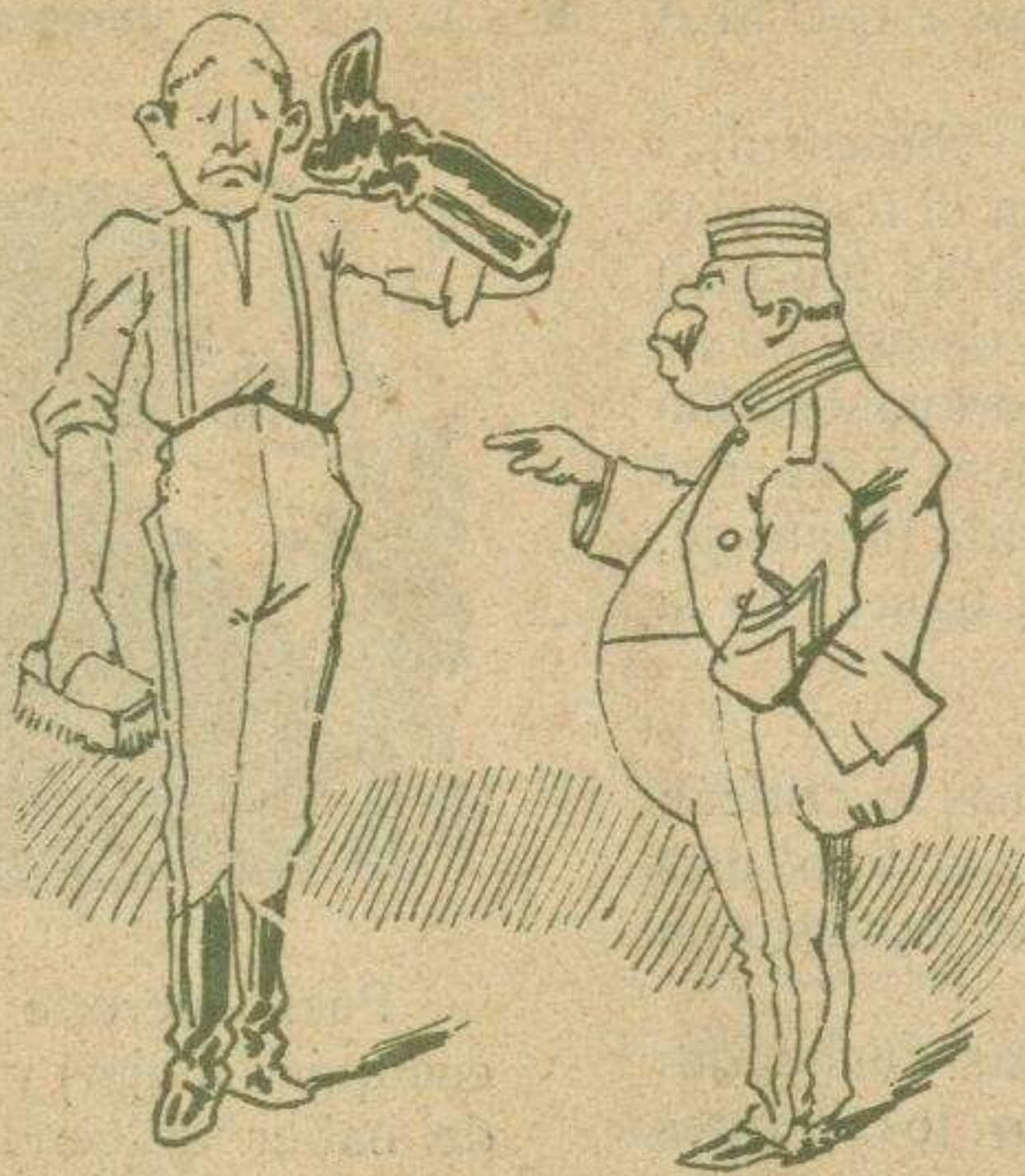
Por querer moralizar,  
un perro, en traje de beata,  
entró en la iglesia á rezar,  
y, en cuanto entró, alzó la pata...  
y se ensució en el altar.

M. R.

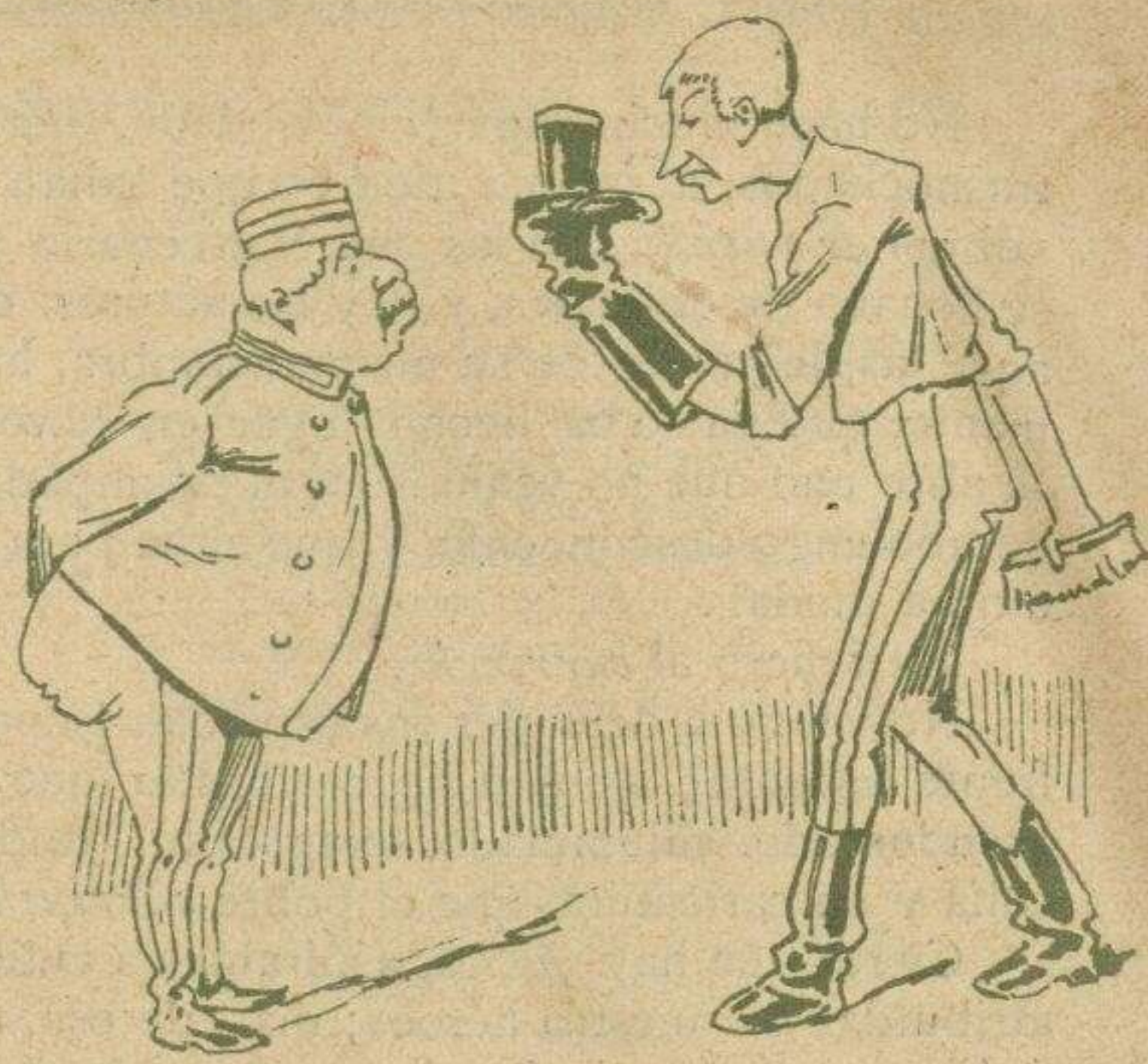




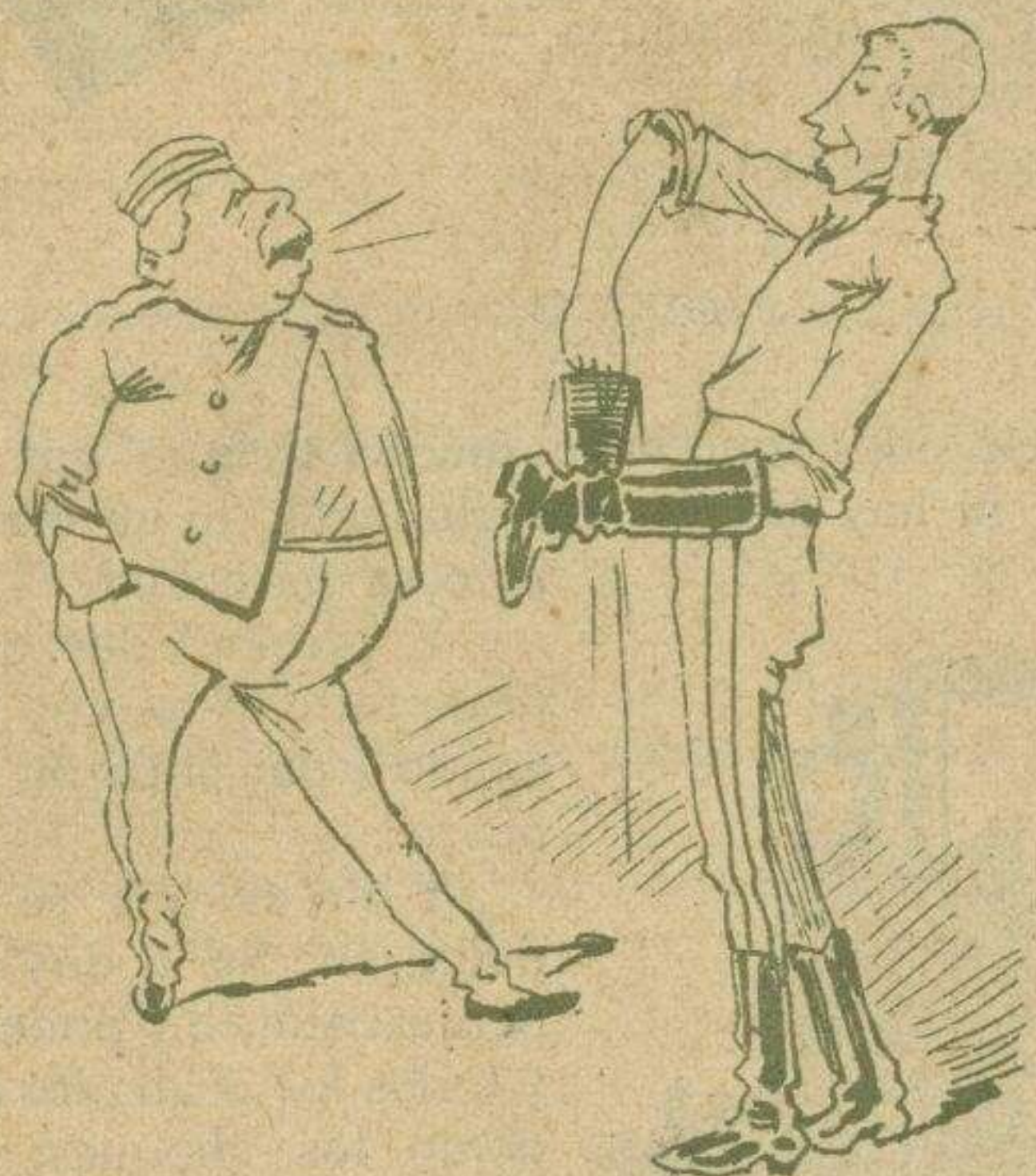
1. — «El día que yo nací a mí me dijo mi mare...»



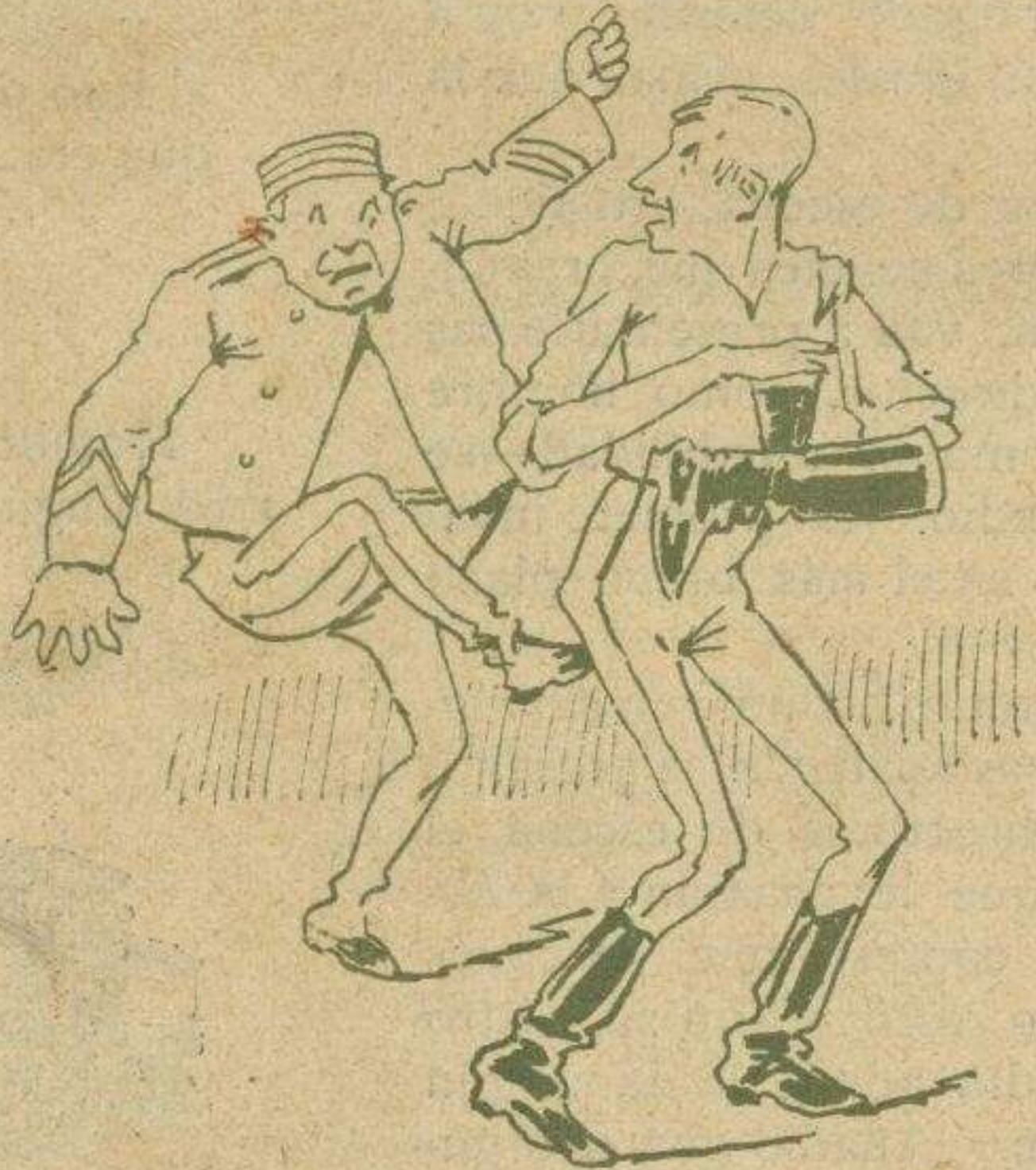
2. — A la orden, mi comandante. — ¡A ver! vivo. Di a la patrona que te dé un vaso y me traes dos deditos de ron.



3. — Aquí están, mi comandante.



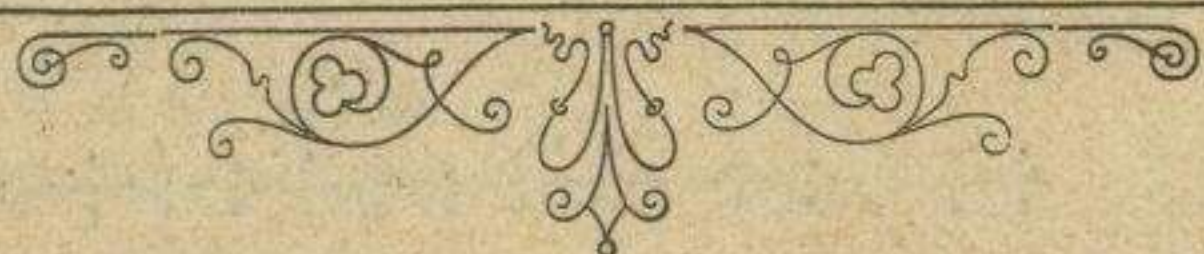
4. — ¡Se morral! ¿no te he dicho yo dos dedos? — Pues, misté, mi comandante: justos, justos, hay dos deos.



5. — ¡Toma! pá que otra vez metas tus dedos llenos de betún, en mi vaso. ¡Ya te lo puedes beber, alcornoque!



6. — Ole, con ole chiquilla; para toreros Sevilla.



TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

◆◆◆◆◆ Y CASA EDITORIAL ◆◆◆◆◆

CA DE

BUSQUETS HERMANOS

Calle del olmo, núm. 8

BARCELONA

VERMOUHT UNIVERAL  
MANSIÓ  
PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES  
FABRICA EN SANS  
CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España  
DE LOS ACEITES,  
grasas y desincrustantes  
MARCA FENIX  
Correas, Empaquetaduras, Gomas,  
Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación direc'a de aceites minerales  
de Rusia y América  
BILBAO. BAILEN, 17  
—(Teléfono n.º 638)—

PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona. . . . . trimestre 2 Pesetas  
Provincias. . . . . semestre 4 ,  
Ultramar y extranjero. . . . . un año 13 ,  
TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID  
para la venta de números corrientes y atrasados  
D. ANTONIO FERNANDEZ. — MAYOR, 2 y 4  
CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BUENOS AIRES  
D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2164